

es la segunda de España, duplicando la media nacional, de modo análogo a la participación del grupo mixto AB, y sólo por este carácter se parece al litoral de Cádiz y Huelva, de los que fundamentalmente se diferencia en la representación del O, que aparece más alto en Almería, a pesar del carácter atlántico de las provincias de Andalucía occidental. Lo indudable es que su fórmula sanguínea no es levantina, sino granadina, y aun diríamos que malagueña, confirmando su adscripción a esta Andalucía oriental, pues no tenemos por qué compararla con las zonas norteñas o centrales de la Península, con las que no tenemos que buscar analogías ni diferencias.

Una última búsqueda es la comparación sanguínea de los sexos, y vemos que Andalucía oriental, *in toto*, presenta el contraste en los grupos O, A y AB, mientras en el B señálanse diferencias con tendencia a la igualdad, y advertimos que éste es al que pudieran pertenecer los prospectores o invasores almerienses, de homogeneidad sexual, de origen y raza.

* * *

No damos bibliografía acerca de este tema, por no haber concretamente trabajos antropológicos acerca del mismo, y estar ya incluidos en el texto los pocos que se han publicado, pues en la interesantísima serie de tomos que recogen los trabajos de los Congresos del SE. de España y su continuador el Congreso Nacional de Arqueología, no hay tampoco investigaciones ni ampliaciones de la raciología de El Argar, salvo los presentados por nosotros.

Los Bayele

Un grupo de pigmoides de la Guinea Española

Por el CONDE DE CASTILLO-FIEL

La suerte nos ha permitido entrar en contacto directo con un grupo de negritos residentes en nuestros territorios del golfo de Guinea, y aunque su escaso número no da excesivo valor a las constantes antropométricas que hemos tomado, no queremos dejar de reseñarlas, así como sus características etnológicas, por crearlas de suficiente interés.

Este hecho era conocido en nuestra colonia, a pesar de su pequeña extensión; se sabía que el que fué gobernador general de estos territorios, don Juan Fontán Lobé, tuvo a su servicio un pigmeo capturado en nuestro territorio, y también era conocido que ante el actual gobernador general, don Juan Bonelli, desfilaron en cierta ocasión algunos de estos individuos, pero se creía que eran individuos llegados por azar de otras zonas y no afincados en la nuestra.

Sin embargo, en nuestras conversaciones con los pámués del Norte de nuestra colonia adquirimos el convencimiento de que en su territorio había pigmeos, y nuestra creencia se vió confirmada en una conversación mantenida en Bata con el prestigioso jefe de distrito, Alfonso N'Guema, que nos aseguró existían y nos proporcionó el nombre de un jefe pámué que estaba en contacto con ellos y era llamado el amigo de los pigmeos: este jefe era Tobías Makúa, jefe del poblado de Ayamakeng en la zona Norte del distrito de Bata y muy cerca de la frontera con el Camerún y del río Campo.

Ya en posesión de estos datos, y con la cooperación de las autoridades, emprendimos la excursión hacia Ayamakeng, a cuyo poblado puede llegarse en automóvil si bien con dificultades, pues es necesario atravesar en

una balsa primitiva el río M'bia. Una vez en dicho poblado conocimos al jefe Tobías, gran cazador de elefantes y muy buen conocedor de la selva, el cual nos dijo que, efectivamente, en su jurisdicción existía un poblado de Bayele (salvajes), a los que también llamaban en pámue Bocui (extranjeros). Dicho poblado se había formado por iniciativa del propio Tobías y de una forma bastante curiosa, por cierto. Parece ser que en una de sus

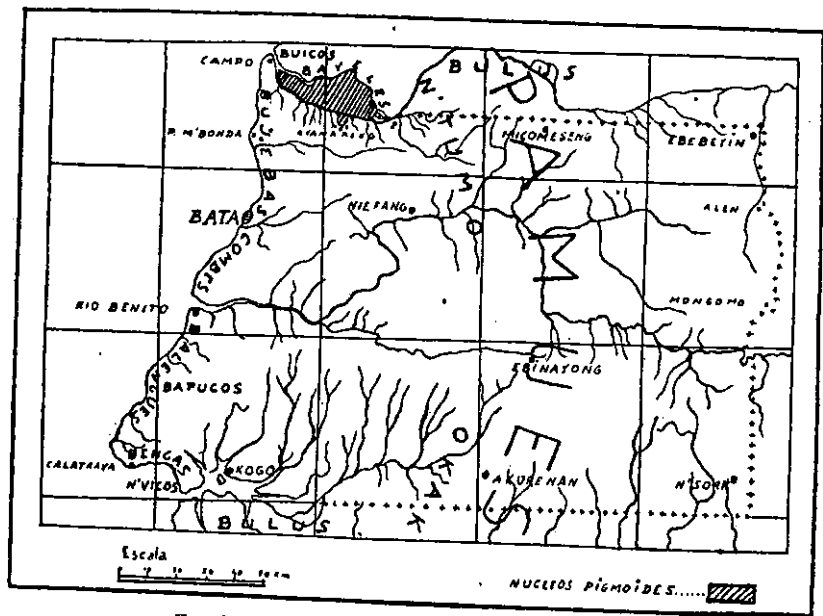


FIG. 1.—Localización geográfica de los «bayele».

habituales excursiones de caza llegó a orillas del río Campo y decidió atravesarlo en busca de una isla situada entre dos ramas de dicho río y llamada del Káiser Guillermo, por haber sido ofrecido a este último cuando el Camerún era colonia alemana. En dicha isla encontró una enorme cantidad de caza y sorprendió a unos enanos cuando habían subido a un árbol en busca de miel; les esperó al pie del árbol y cuando bajaron les amenazó con sus armas y les obligó a rendirse, capturándolos; más tarde encontró a otros varios y les obligó a cruzar el río Campo juntamente con sus familias, instalándolos en las cercanías de su propio poblado; algunos escaparon y volvieron a la isla; otros se corrieron hacia la costa, estableciéndose en

Punta M'bondá, y finalmente un grupo quedó cerca de Ayamakeng y se estableció allí. El objeto que perseguía Tobías al traerse a los pigmeos cerca de su poblado era el de aprovechar su conocimiento de la selva para sus expediciones de caza, y desde entonces siempre se hace acompañar de dos «Bayele». Según sus noticias, en el interior de la isla del Káiser Guillermo vive como un centenar de pigmeos, divididos en familias autónomas, dedicados a la caza y a luchar entre sí y sin contacto alguno con el exterior. Aunque nuestro deseo hubiera sido penetrar en la citada isla, a fin de estudiar un número suficientemente elevado de pigmoides, la premura de tiempo y la falta de preparación e impedimenta no nos lo permitió y hubimos de desistir, conformándonos con la expedición al cercano poblado pigmeo.

La ruta desde Ayamakeng hasta el poblado pigmoide se hace por plena selva; un estrecho sendero de caza apenas visible, y que pasaría desapercibido para un desconocedor del terreno, nos condujo allí; atravesando la parte más espesa y salvaje del bosque virgen ecuatorial. Pocas blancos han atravesado por estos lugares, y mi compañero de excursión, el presidente del Tribunal Colonial, señor Moreno, y yo fuimos de los primeros que han llegado al poblado «bayele». En nuestra marcha de tres horas por la selva nos han acompañado tres individuos adultos de dicho poblado, uno de ellos el jefe, todos ellos con características pigmoides bien marcadas, aunque dos de ellos de estatura un poco elevada y uno manifiestamente mestizo, probablemente con raza bujeba; mide 1,630 m.

En un claro del bosque y cercano a un riachuelo de limpias aguas encontramos el poblado; se compone de ocho o diez chozas de hojas colocadas caprichosamente y sin orden alguno y a nuestra llegada las encontramos casi desiertas; solamente dos ancianas han permanecido en el poblado y una mujer enferma; los demás habitantes han marchado al bosque; la presencia de nuestros acompañantes les tranquiliza, al parecer, y poco después van llegando y podemos comenzar nuestro trabajo; desgraciadamente algunos hombres se niegan resueltamente a ser fotografiados y huyen en cuanto ven la cámara, por cuya causa nuestra prueba documental no puede ser de todos los individuos estudiados, sino de los más dóciles o más acostumbrados a la civilización.

CARACTERES DESCRIPTIVOS

Nuestra serie, como ya dijimos al principio, es sumamente reducida, por lo cual los valores medios que damos no pueden ser tenidos en cuenta

desde el punto de vista estadístico; sin embargo, el cálculo de las desviaciones típicas y errores probables de cada serie nos indica que los grupos son homogéneos y que las medias son reales en cuanto se refiere al grupo estudiado.

Solamente hemos podido medir ocho varones adultos y cuatro hembras; doce casos en total, pues tuvimos que prescindir de los niños; los hombres con edades de veinte a cuarenta y cinco años y de las mujeres, una muy anciana, madre del jefe, y tres adultas de veinticinco a cuarenta años; naturalmente, las edades calculadas de modo aproximado.

Para los caracteres descriptivos hemos utilizado la escala de colores de piel de Von Luschan, las tablas de Martín para forma del cabello y del perfil de la nariz y la de Topinard para la forma de las aberturas nasales; para el tipo constitucional hemos empleado la nomenclatura recomendada por Pérez de Barradas (brevilíneo, mesolíneo y longuílneo asténico y esténico, respectivamente),¹⁷ para nuestras medidas hemos utilizado la hoja somática reducida de Sullivan.

Demográficamente nos llama la atención inmediatamente el elevado índice de natalidad, en contraposición con los demás pueblos negros que les rodean, aunque este índice elevado esté contrapesado por una también elevada mortalidad; seguidamente damos los datos obtenidos a este respecto:

SUJETO	Núm. de hermanos	H	M	Total de muertos	H	M
Bidu	7	4	3	5	3	2
Nataga	3	2	1	1	1	—
Maluba	3	2	1	2	1	1
M'bole	7	5	2	5	3	2
Naduga	10	6	4	6	3	3
Lama	7	7	—	5	5	—
Lombe	3	2	1	2	1	1
Natú	3	2	1	0	—	—
M'bangú	4	1	3	4	1	3
Nambua	3	2	1	0	—	—
Namba	6	3	3	4	2	2
N'Somba	7	4	3	5	2	2
TOTALES.....	63	40	23	39	23	16

Con estos datos el índice de natalidad es 5,25 por 100 por mujer, frente a un 2,6 por 100 que da la población de Fernando Poo; el Porcentaje de varones es 63,5 por 100, frente a un 36,5 por 100 de hembras. La mortalidad se eleva a un 62 por 100, pero téngase en cuenta que los datos se re-

fieren a adultos e incluso a una anciana de setenta y cinco años. La mortalidad masculina es del 57,50 por 100, y la femenina de un 69,5 por 100 más elevada, como es general en demografía.

Grado de nutrición.—Respecto al grado de nutrición o corpulencia obtuvimos los siguientes datos:

Medianos	4 casos	50 %
Delgados	4 »	50 %

Respecto a las mujeres los datos son los siguientes:

Medianas	1 casos	25 %
Delgadas	3 »	75 %

Por lo que antecede vemos la ausencia de personas gruesas y el predominio de las delgadas, que es mayor en el sexo femenino que en el masculino, al revés de lo que sucede en los pueblos negros de estas zonas, en que la mujer presenta cierta tendencia a la obesidad.

Constitucionalmente todos los individuos estudiados, tanto varones como hembras, podemos clasificarlos dentro del tipo brevilineo asténico.

Tipo postural.—Los datos obtenidos agrupando las dos series son los siguientes:

A	7 casos	58,40 %
B	5 »	41,60 %

Lo cual concuerda con la constitución asténica del grupo.

No hemos encontrado vestigios de esteatopigia y solamente un caso de lordosis en una hembra.

Color de la piel.—Hemos empleado la escala de colores de Von Luschan; los resultados son los siguientes:

Grado 23	1 casos	8,33 %
» 24	6 »	50,— %
» 26	1 »	8,33 %
» 27	4 »	33,33 %

La coloración es evidentemente bastante clara, siendo de observar que en las mujeres la piel es más clara que en los hombres; las observaciones

fueron tomadas en la espalda; el matiz de la piel tiene tendencia hacia el pardo amarillento.

Caracteres de la piel.—Nos referimos a la mayor o menor aspereza y al grado de humedad que en ella se aprecia; he ahí los resultados:

Mediana	10 casos	83,33 %
Aspera	2 »	16,66 %
Húmeda		
Seca	12 »	100 %

Es notable a este respecto la ausencia de piel aterciopelada, tan común en las razas de color que pueblan nuestra zona continental, y el hecho de que la totalidad presenten la piel seca, como era de suponer, dado su tipo constitucional.

Color de la esclerótica ocular.—Aparte de la ausencia de escleróticas blancas y azuladas, normal en las razas de color, es de señalar la presencia de dos casos de esclerótica acastañada, carácter de gran frecuencia en las tribus bosquímanas y poco normal en las negras, la más frecuente es la amarillenta.

Amarillenta	10 casos	83,33 %
Acastañada	2 »	16,66 %

Color de los ojos.—Para esta determinación hemos empleado la escala de colores de ojos de Broca, única que teníamos a mano, y los resultados los resumimos en el siguiente cuadro:

Núm. 1 esc. Broca	3 casos	25,— %
» 2 » »	4 »	33,33 %
» 3 » »	4 »	33,33 %
» 4 » »	1 »	8,33 %

Todos los casos observados tenían los ojos castaños, con tonalidad más o menos fuerte, predominando los colores oscuros en los hombres y los más claros en las mujeres.

Color del cabello.—Desgraciadamente carecíamos de escala de comparación y por ello no podemos dar más referencias que la apreciación subjetiva; según nuestras anotaciones, el color de los cabellos es negro en diez casos y castaño oscuro en los dos restantes.

Forma del cabello.—Carácter antropológico de extrema importancia que determinamos con arreglo a la tabla de Martín, adoptando la subdivisión que hace del grupo K el doctor Dos Santos Junior en su obra sobre la Antropología de Mozambique, que señalemos en la bibliografía, por haber sido preciso emplearla a pesar de nuestro reducido número de casos.

Letra I esc. Martín	2 casos	16,80 %
Letra K (a) Martín	5 »	41,60 %
Letra K Martín	5 »	41,60 %

Es característica la forma del cabello de estos indígenas, que casi en su totalidad (un 84 por 100) lo presentan en mechones aislados, de modo análogo a los bosquímanos; aunque la mitad de ellos presentan esos mechones implantados en un fondo de pelo menos rizado, son los que el doctor Santos Junior señala con la subdivisión K (a), K (b), etc., y que nosotros hemos adoptado; es de notar que los mechones se presentan con mayor abundancia en las partes laterales de la cabeza que en la cúspide del cráneo.

Forma de la cara.—Empleamos para su clasificación la tabla de Pösch con los siguientes resultados:

Núm. 1 tabla Pösch	1 casos:	8,33 %
» 2 » »	5 »	41,66 %
» 3 » »	1 »	8,33 %
» 4 » »	5 »	41,66 %

Es absoluto el predominio de las formas redondeadas y óvalos acortados. En cuanto al perfil de la cara, anotamos un fuerte prognatismo en cuatro casos, o sea un 33,33 por 100, y en el resto la cara es generalmente saliente, así como los ojos, que son algo abultados o saltones.

Perfil del dorso de la nariz.—Para la determinación de este carácter antropológico hemos seguido la tabla de Martín:

Núm. 4 tabla Martín	1 casos	8,33 %
» 6 » »	5 »	41,66 %
» 7 » »	2 »	16,66 %
» 11 » »	4 »	33,33 %

Vemos, pues, la tendencia a nariz pequeña y chata y en general con las asas muy separadas.

Aberturas nasales.—Para su determinación hemos utilizado la tabla de Topinard, aunque hemos de hacer observar que en la realidad es difícil encajar todos los tipos en alguno de los del grupo de Topinard, y a veces, tal como le ha sucedido a Santos Junior, se hace necesario un tipo intermedio.

Núm. 3 tabla Topinard	...	4 casos	33,33 %
» 4	»	2 »	16,66 %
» 5	»	4 »	33,33 %
» 6	»	2 »	16,66 %

Labios.—Seguimos la clasificación que indica también Martín, en lo que se refiere a la parte mucosa de los labios, con el siguiente resultado:

Finos	...	7 casos	58,33 %
Medianos	...	5 »	1,66 %

Este dato es muy característico y nos demuestra que nos hallamos ante una raza distinta de la negra (véase el elevado porcentaje de labios finos y la ausencia de labios gruesos o muy gruesos, que es una de las principales características de las razas negras). Es de tener en cuenta que la totalidad de las mujeres examinadas presentaban los labios finos.

Dentadura.—El tamaño de los dientes es regular, y en ningún caso hemos observado limaduras o mutilaciones de ninguna clase.

Orejas.—Señalamos aquí el tamaño de las mismas, su separación del cráneo y la ausencia o presencia del lóbulo.

Separadas	...	10 casos	83,33 %
Pegadas	...	2 »	16,66 %
Grandes	...	9 »	75,— %
Medianas	...	3 »	25,— %
Lóbulo normal	...	2 »	16,66 %
» mediano	...	5 »	41,66 %
Sin lóbulo	...	5 »	41,66 %

Obsérvese el predominio de orejas grandes y sin lóbulo, caracteres ambos que acusan fuerte primitivismo.

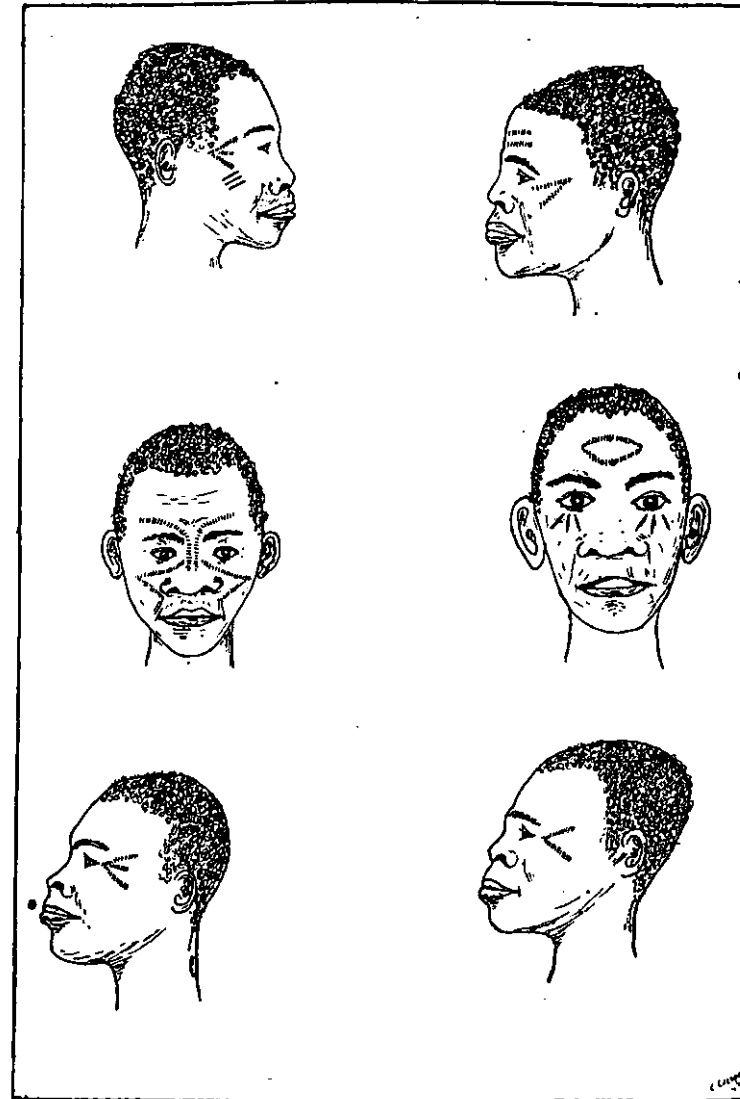


FIG. 2.—Tatuaje de los «bayele»

Pilosidad.—Aquí separamos las series masculina y femenina. La primera es:

Abundante	4 casos	50 %
Mediana	2 »	25 %
Escasa	2 »	25 %

En la serie femenina los datos son los siguientes:

Mediana	2 casos	50 %
Escasa	2 »	50 %

El P. Schebesta, en su obra sobre los pigmeos del Congo, llama la atención sobre la pilosidad extremadamente desarrollada que en ellos se presenta; nosotros no hemos encontrado un excesivo desarrollo del aparato piloso, pero el porcentaje del 50 por 100 de los varones velludos es bastante significativo.

Tatuaje.—Ninguno de los diversos autores que hemos consultado sobre las tribus pigmeas menciona la costumbre del tatuaje, lo que nos hace suponer que los tatuajes encontrados en los individuos estudiados por nosotros sean acaso costumbres modernas adquiridas al contacto con otros pueblos; sin embargo, interrogados los indígenas sobre el significado de las marcas que llevan nos dijeron que en la isla todos llevaban marcas parecidas para distinguirse de los demás pueblos en caso de guerra. En los doce individuos que estudiamos, solamente seis, es decir, el 50 por 100, presentaban tatuajes; de los no tatuados, cinco eran varones y una hembra; es decir, que en la mujer está más desarrollado el tatuaje que en el hombre. Los tatuajes presentan todos una notable semejanza; solamente se encuentra en la cara y está formado por pequeños cortes verticales teñidos de azul y formando dibujos diversos, siendo el motivo principal unos ángulos con el vértice hacia fuera o hacia adentro, colocados en la parte externa de los ojos o en las mejillas, tal como queremos representar en los dibujos adjuntos; en ningún caso hemos encontrado tatuaje corporal o mutilaciones; la circuncisión tampoco se practica entre los «bavele».

CARACTERES ANTROPOMETRICOS

Estatura.—Este carácter antropométrico es uno de los que caracteriza a las razas pigmoides. Los pigmeos puros del Congo (Ituri) tienen, según

Schebesta, una estatura media de 1,45 m., y la media que da Topinard es de 1,39 m. solamente; sin embargo, Biassutti señala que, aparte de los pueblos pigmeos puros, hay otras razas afines, cuya estatura es mayor y se aproxima a 1,60 m.

En nuestra pequeña serie hemos separado los hombres de las mujeres y al final del presente trabajo damos un cuadro con las distintas medidas que hemos tomado y nos han servido para el cálculo de los diversos índices.

En cada caso hemos determinado la desviación típica (S. D.) y los errores probables de la media y de la desviación con objeto de comprobar si nuestras medias son aceptables, lo cual consideramos necesario, sobre todo tratándose de un número tan reducido de casos.

Los resultados obtenidos para la estatura en la serie masculina son los siguientes: media, 151,40 ± 1,74; desviación típica (S. D.), 7,29 ± 0,30; mínima, 137,50; máxima, 163,10.

La homogeneidad de la serie es bastante grande y la media aceptable, teniendo en cuenta el número de casos; solamente se aparta con exceso de la serie el valor máximo de 1,63 m., estatura perteneciente a un individuo claramente mestizado, pero que no quisimos dejar de anotar.

Nuestra media de 1,514 m. de estatura nos indica claramente que nos encontramos en presencia de un pueblo pigmoide, puesto que, siguiendo la clasificación de Deniker respecto a las estaturas, nos encontramos que de los ocho casos, siete están en el grupo de estaturas bajas (de 1,599 m. para abajo) y solamente uno está en el grupo de debajo de la media (de 1,600 metros a 1,649 m.).

Los datos de la serie femenina son los siguientes:

Media, 141,60 ± 1,38; desviación típica (S. D.), 4,11 ± 0,97; mínima, 138,00; máxima, 148,50.

La serie es algo más homogénea que la masculina y la estatura menor, con una diferencia con la media masculina de 9,80 centímetros, que es aproximadamente la que suele existir entre series masculinas y femeninas.

Si agrupamos ambas series, la estatura media sería entonces de 146,50, muy cercana a la estatura media de los pigmeos puros.

Índice cefálico.—Los resultados obtenidos en la serie masculina son:

Media, 80,0 ± 0,58; desviación típica, 2,46 ± 0,10; mínima, 76,20; máxima, 83,90.

La media del índice cefálico admitida para las tribus pigmeas es de 79.

cifra que se aproxima bastante a la media de nuestra serie, si bien Quatre-fages dió el valor medio 82,2 de índice cefálico para el cráneo.

Hay predominio de mesocefalia y un mayor número de braquicéfalos que de dolicocefalos.

En la serie femenina los resultados fueron estos:

Media, 78,2 \pm 0,21; desviación típica, 0,63 \pm 0,14; mínima, 77,6; máxima, 79,2.

El grupo es sumamente homogéneo, por lo que no hay inconveniente en aceptar la media que damos.

Aquí el predominio de la mesocefalia se hace absoluto confirmando la tendencia que se observa en la serie masculina.

Índice facial.—Empleamos el índice facial de Garson.

Los resultados son los siguientes en la serie masculina:

Media, 85,20 \pm 0,76; desviación típica, 3,22 \pm 0,13; mínima, 82,40; máxima, 93,10.

Y en la serie femenina los siguientes:

Media, 80,90 \pm 2,0; desviación típica, 6,04 \pm 1,4; mínima, 74,60; máxima, 90,30.

Lo que antecede nos indica que la serie masculina es más homogénea que la femenina, ya que el error probable de la media es bastante elevado en ésta, pero aun es aceptable.

Las medidas de ambas series caen dentro de la mesoprosopia y euriprosopia, así como la mayoría de los valores, y la media masculina excede a la femenina en 3,20; como es regla general, vemos el predominio de las caras cortas, confrontando con la somatoscopia, que nos indicó contornos faciales predominantemente redondeados.

Índice de la cara.—Llamado también índice fisiognómico.

Los resultados de las mediciones en la serie masculina son estos:

Media, 128,60 \pm 1,70; desviación típica, 4,98 \pm 0,31; mínima, 125; máxima, 141.

Y en la serie femenina los que siguen:

Media, 122 \pm 3; desviación típica, 8,9 \pm 2,12; máxima, 136; mínima, 113.

Índice nasal.—Los resultados obtenidos en nuestra serie masculina son:

Media, 108, \pm 1,6; desviación típica, 7,08 \pm 0,30; mínima, 100; máxima, 122.

La presente serie es bastante homogénea, pero no así la femenina, cuyos valores se hallan tan dispersos que la medida hallada no es real y solamente la damos a título informativo:

Media, 136,70; mínima, 109; máxima, 164.

La hiperplatirrinia es carácter unánime y quizá uno de los más acusados que presentan nuestros «bavele»; al contrario de lo que suele ocurrir en los pueblos negros, la platirrinia es aun mayor en las mujeres que en los hombres.

CARACTERES ETNOLOGICOS

Vida material.—La vida material de los bocui es por demás sencilla y elemental, ya que sus necesidades son escasas. La principal ocupación del hombre es la caza, que constituye la base de su alimentación; toda clase de animales cazados son buenos para el bocui: venados, cerdo de bosque, monos (por los que muestran preferencia señalada), etc. La carne la toman cocida en cacharros de barro secado al sol, de formas toscas y confeccionados por ellos mismos, o bien, y más frecuentemente, asada mediante su introducción en hoyos del terreno donde previamente ha ardido un buen fuego, envuelta en hojas de malanga y poniendo encima cenizas y piedras calientes. Esta es la misión de los hombres: proveer a la familia de caza. Las armas son exclusivamente lanzas que actualmente tienen la punta de hierro, por comercio con los pámbues, pero que hasta hace quince a veinte años eran solamente de madera endurecida al fuego; dichas lanzas tienen unos dos metros de largas y el astil ligero y flexible, estando magníficamente equilibradas; no conocen estos indígenas el arco y las flechas, y si actualmente poseen algunos cuchillos, adquiridos por intercambio, no los usan para la caza, que, repetimos, se hace exclusivamente con la lanza. Hemos salido de expedición cinegética con ellos y es maravillosa la destreza que despliegan para, con sus armas tan primitivas, conseguir cobrar piezas. Se colocan en lugares de paso de las reses, generalmente cerca de los abrevaderos y contra el viento, y esperan absolutamente inmóviles horas y horas hasta que la pieza se acerca; cuando ésta se halla a cuatro o cinco metros, se levantan bruscamente, lanzan un grito fuerte, golpean con la mano izquierda bajo el brazo que sostiene el arma y lanzan ésta con enorme fuerza y precisión tal que matemáticamente va a clavarse en algún punto vital del animal; aunque el sitio donde se clave el arma no sea vital, la cosa no tiene importancia porque las puntas de las lanzas en cacería van envenenadas

con jugo de estrofantó (*Strophantus gratus*), y el animal muere a pocos momentos de colapso cardíaco. El lanzamiento de la jabalina es un espectáculo digno de verse; el cazador, erguido, adelanta el pie izquierdo, descansando el peso del cuerpo sobre el pie derecho, toma la lanza con la mano derecha, la equilibra y le da un curioso movimiento vibratorio; al mismo tiempo que se prepara a lanzar el arma da un fuerte grito, cuya misión será quizá aturdir a la pieza o avisar a los demás cazadores, y con la mano izquierda golpea repetidas veces debajo del brazo derecho, en el sobaco, produciendo un ruido sordo; inmediatamente se pone en tensión, y sin mover los pies, sino solamente balanceando el cuerpo, lanza el arma, que sale vibrando y, girando sobre sí misma, a clavarse en el blanco. Respecto al alcance de su tiro, en las pruebas que hemos hecho (especie de competición deportiva que fué muy de su gusto) la máxima longitud alcanzada fué de 30 metros, y la mínima, 22, teniendo en cuenta la imposibilidad de lanzamiento en terreno despejado.

Esta tribu desconoce el uso de trampas de caza, en las que, según algunos autores, son tan diestros los pigmeos; pero saben cazar al ojeo, para lo cual se reúnen varias familias, como más adelante veremos, y emplean redes de melongo, que confeccionan con maestría, y en las que queda enredada la caza que escapa a los ojeadores.

Otra misión de los hombres es la busca de la miel; tienen estos indígenas una singular maestría en trepar a los árboles, para lo cual no se ayudan de cuerdas ni objeto alguno, sino solamente emplean manos y pies, subiendo con extraordinaria rapidez, y es curioso observar que las abejas silvestres, tan feroces generalmente, no parecen causarles daño alguno cuando van a robarles sus panales, aunque lo hacen en horas en que el enjambre suele estar fuera de la colmena.

El resto de la alimentación es cuestión de las mujeres, así como su condimento, una vez que el hombre ha encendido el fuego (a las mujeres les está prohibido encenderlo) por el conocido procedimiento de rotación de un palo aguzado en otro, al que se ha hecho una pequeña muesca. Las mujeres salen muy de mañana al bosque en busca de raíces, setas, semillas comestibles, de las cuales la más empleada es la llamada «sesan», que muelen y cuecen, y es el fruto de la euforbiácea *Ricinodendron africanum*, y como complemento también buscan iguanas, serpientes, lagartos y otros pequeños animales, los cuales ingieren asados en la forma que ya hemos dicho.

Estos indígenas desconocen el uso de excitantes vegetales, a los que

son tan aficionados los pámués y pueblos playeros; en cambio, su conocimiento de plantas medicinales es extenso y provechoso, y en este sentido sirven a los pámués de guía y consejo, pues las plantas curativas que conocen son variadísimas, aunque no transmiten a los demás el secreto.

Las fotografías adjuntas dan idea de la forma y construcción de sus viviendas, que es por demás primitiva. En un claro cualquiera del bosque, claro natural, desde luego, porque ellos desconocen la práctica del desbosque, construyen sus cabañas, sin orden ni simetría alguna; cada matrimonio tiene una cabaña, donde viven ellos y todos sus hijos. Las cabañas son rectangulares, de unos tres metros de largas por dos de anchas, y muy bajas, aproximadamente un metro de altas, no pudiendo permanecer de pie en su interior. Están construidas por un armazón de bambúes entrelazados, atados con melongo o cuerda de bosque, y las paredes (y esto es exclusivo y característico de los bayele) están formadas por unas grandes hojas de la planta que llaman «okekui» (*Sarcophrynum velutinum*), colocadas unas al lado de otras y sujetas al armazón por los propios peciolas de las hojas hendidos en forma de horquilla, que cabalgan sobre la varilla del armazón; el techo es de dos vertientes poco pronunciadas, y se compone de diversas clases de hojas colocadas sin orden y toscamente, generalmente nipa (*Raphia vinifera*) o «akora» (*Sclerosperma manii*); no existe más abertura que la puerta, que obstruyen hasta la mitad con un pequeño cuadrado de nipa. El interior de la choza suele estar dividido en dos compartimentos; en el mayor de ellos hay una cama o yacija de bambú y el hogar, formado por piedras grandes o troncos, y donde siempre está encendido el fuego; en el otro departamento más pequeño hay otra yacija, y es la habitación del jefe de la casa y su mujer.

No existe ajuar de ninguna clase; solamente algunos cacharros redondeados en forma de cuencos de arcilla secada al sol, y nada más; se acuestan sobre las tablas del lecho sin cobertura de ninguna clase; cuando una cabaña se cae, lo cual es frecuente, la abandonan y construyen otra en las cercanías, sin molestarse en derruir por completo la abandonada, que bien pronto se convierte en un nido de alimañas y suciedad. Cuando muere el cabeza de familia, el poblado desaparece y cada uno de los hijos marcha por su lado a fundar un nuevo núcleo urbano.

Desconocen igualmente toda clase de cultivos, y solamente desde hace unos cinco años, y precisamente por estar éstos a que me refiero más

en contacto con los pámués, han aprendido a plantar el ñame, al cual se han aficionado. Tampoco poseen animales domésticos de ninguna clase, ni siquiera perros.

Las prácticas de la más elemental higiene son desconocidas y no se lavan ni se bañan nunca, salvo cuando llueve, pues entonces suelen salir al exterior de sus cabañas a recibir la lluvia en lugar de refugiarse en el interior.

Su vestido se reduce a un trozo de paño que, pasando por entre las piernas, cae por delante y por detrás, formando un pequeño delantal sujeto con una cuerda de melongo. Hasta hace poco más de diez años, que han empezado a tener contacto con los pamúes, llevaban solamente un cubre-sexo de hojas; hoy ya se preocupan de conseguir telas para sus taparrabos a cambio de caza. Las mujeres llevan igual somera indumentaria y algunas presentan adornos de marfil o de dientes de mono en forma de collares o pulseras, pero muy poco abundantes; los hombres no se adornan en absoluto ni utilizan pinturas para adornarse.

Respecto a las manifestaciones artísticas de los «bocuí», son sumamente rudimentarias, como corresponde a su estado de civilización; su sentido musical está bien desarrollado y saben apreciar una melodía, como pudimos comprobar; como única manifestación de este tipo presentan sus bailes. Estos se celebran generalmente para festejar el regreso de alguna cacería afortunada y presentan la característica de que en ellos participan solamente los hombres, pero es preciso el concurso de las mujeres ancianas, porque son ellas las encargadas de lo que pudiéramos llamar orquesta de la fiesta. Las mujeres ancianas se colocan a un lado del claro donde se celebra la fiesta en cuclillas, y con dos palos, uno en cada mano, golpean rítmicamente un tronco pequeño de madera previamente ahuecado; no se trata de una tumba pámue (tronco de madera ahuecado especialmente, que puede producir varios tonos de sonido), sino de un sencillo tronco vaciado que solamente produce un sonido monótono y profundo que se oye a gran distancia. Muy modernamente han aprendido de los pámués el uso del tambor de piel de venado, que desde entonces utilizan para acompañar al otro instrumento, que era el único típico de ellos. El rítmico golpear de las ancianas sobre el tronco presenta poca variedad, a veces se hace algo más rápido, pero en general es igual y monótono. Los hombres, armados de sus lanzas, se colocan en dos filas, una frente a la otra, y, golpeando la tierra al compás de los tambores, ejecutan una silenciosa pantomima que, a nuestro entender, recuerda es-

cenos de caza o de combate; no hay ningún movimiento de sentido sexual como en los baleles negros; solamente saltos, escorzos que podemos calificar de bellos, actitudes de acecho, de ataque y de victoria, siempre al compás de los tambores, sin gritos, sin exaltaciones ni estridencias. Estos bailes, casi rituales, se verifican siempre de noche a la luz de la luna; en tiempo de luna nueva no bailan nunca, ni tampoco suelen salir de caza más que en caso de absoluta necesidad, y es de notar que los «bayeles» no se exaltan con afrodisíacos ni con vino de palma para sus fiestas como hacen los negros, sus convecinos.

Carecen de toda otra manifestación cultural, no tienen leyendas, música o poesía; su lenguaje actual es el bujeba; sin embargo, y al decir de los bujebas que hablan con ellos, algunas de las palabras que pronuncian no son bujeba, ni tampoco pámue; es decir, que indudablemente en un tiempo tuvieron idioma propio, que se ha perdido, quedando solamente como reliquia del pasado alguna palabra suelta.

Vida espiritual.—Poco es lo que podemos decir de la vida psíquica de los bayele. Su inteligencia, desde luego, está bien desarrollada en todos sus aspectos, e incluso parece más aguda que la de sus convecinos, los pámués; sus sentidos, sumamente aguzados, como es en general en las tribus primitivas, pero no una agudización cuantitativa, salvo el oído y el olfato, que son muy finos, sino cualitativa; hemos hecho experimentos con ellos en lo referente a la agudeza visual, y ésta no sobrepasa a la del europeo normal; lo que sucede es que, al igual que un gran número de mamíferos, perciben con gran rapidez los movimientos y las formas des-acostumbradas. Su instinto imitativo está perfectamente desarrollado; el jefe del poblado aprendió en pocos momentos el manejo de la cámara fotográfica, hasta el punto de poder sacarnos una buena fotografía.

Su religión es muy sencilla; éstos que hemos estudiado creen en la existencia de un Ser Supremo todopoderoso, cuyas manifestaciones son los truenos y los rayos; sin embargo, no existen sacerdotes, hechiceros o medicineros de ninguna clase; no tienen ceremonias especiales de adoración o ritos. Sin embargo, a la entrada de su poblado, y en una estaca, aparecían clavadas seis cabezas de mono de menor a mayor, empezando por la de un pequeño tití y acabando por la de un gorila, un muestrario casi completo y con señales de haber sido colocados allí recién cazados los animales y sin despojarles de la carne, sesos ni piel. Interrogando al jefe sobre el significado de tal muestrario, nos hizo explicar que tenía por objeto el conseguir buena caza, pero sin que supiera explicarnos las

virtudes de aquellas calaveras, ni tampoco acostumbraran a hacer ante ellas ceremonia alguna.

No tienen creencia alguna en espíritus ni en la vida futura, y por ello a los muertos no se les presta ninguna atención; simplemente se les abandona en el bosque sin enterrar, una vez despojados de sus vestidos y adornos, que pasan al mayor de los hijos, si es hombre, o a la mayor de las hijas, si es mujer. Suelen llevar el cadáver entre dos hombres a unos dos kilómetros del poblado y lo abandonan. Nos cuenta el jefe que en tiempos antiguos acostumbraban a colocar los cadáveres sobre las ramas de los árboles, pero que hace muchos años abandonaron esta costumbre; dice que los pámuos les aconsejan que entierren los muertos, pero que no lo hacen por no tener instrumentos para cavar la tierra.

Como ya dije, se observa entre ellos la más estricta monogamia. Cuando un hombre llega a la edad adecuada, busca entre las muchachas la que más le agrada y hace el trato con el padre o persona encargada de ella; generalmente el precio son algunas lanzas, sal y telas o servicios; es interesante, sin embargo, observar que se consulta a la muchacha y que no se consienten los matrimonios muy desiguales en edad. No se verifica ceremonia alguna; una vez pagado el precio, el joven toma a la muchacha y vuelve al poblado de sus padres, donde a veces, si la caza es abundante, se queda, engrosando así el grupo familiar; pero si hay dificultades de vida, toma sus armas y ajuar, y con su esposa y generalmente con algún hermano pequeño, emprende el camino para fundar otro núcleo familiar. No existe comercio sexual fuera del matrimonio, y éste se celebra a edad temprana, unos dieciocho años, por lo general, en el hombre y unos quince en la mujer, en cuanto el joven logra reunir el precio de la esposa. Los hijos son propiedad del padre, pero los varones, desde los quince años, son prácticamente libres; no así las mujeres, que deben permanecer en la casa paterna hasta su matrimonio. Caso de muerte del padre, las hijas pasan a ser propiedad de los hermanos del padre, pero generalmente suelen seguir viviendo con la madre viuda, la cual puede libremente volver a casarse de nuevo.

La posición de la mujer en el hogar es mucho más elevada que en los pueblos negros; encargada de los trabajos de la casa y de procurarse animales pequeños para comida, no es, sin embargo, la esclava sacrificada a los caprichos del varón; al ser la única esposa, tiene cierta influencia sobre su marido y autoridad sobre sus hijos menores. Las ancianas son

muy respetadas, y sus consejos escuchados si hay que tomar decisiones importantes.

Vida social.—Los «bocui» no forman agrupaciones sociales propiamente tales, sino solamente sencillos agregados familiares; como ya he dicho, los hijos casados, si la vida es próspera, suelen quedarse a vivir con sus esposas en el poblado de los padres, que de este modo va creciendo hasta la muerte del jefe del poblado, pues entonces se disuelve la comunidad y cada hijo mayor marcha por su lado. La autoridad del cabeza de familia no es despótica y suele reducirse a guiar a los cazadores a los mejores sitios en que hallar presas. Las armas y el pequeño ajuar de la casa son propiedad particular de cada uno; la caza y la comida son propiedad de la comunidad.

Periódicamente, al parecer en épocas coincidentes con los cambios de estación, se verifican grandes asambleas de bayeles, a las que acuden numerosas tribus familiares, y que tienen por objeto la caza del elefante o del búfalo. Estas asambleas, que también pueden convocarse en casos de peligro por aparición de enemigos, etc., se anuncian de un modo sumamente curioso que tienen los bayeles de comunicarse a distancia: en vez de emplear tumbas o tambores de madera, como hacen los pueblos negros, su «telégrafo» consiste en golpear con la mano derecha formando hueco sobre la parte inferior de la flexura del codo del brazo izquierdo, previamente doblado, y es de notar que el gran ruido que de este modo pueden producir se oye a mucha distancia; la frecuencia de los golpes y las diversas modulaciones que dan a este sonido sirven para transmitir órdenes de concentración y otras noticias; además usan el silbido modulado como señal de reconocimiento. En estas grandes asambleas de caza ostentan la jefatura los cabezas de familia, que forman una especie de consejo, el cual también suele resolver sobre las pequeñas cuestiones que a veces surgen entre las familias por falta de pago de dotes, entrega de hijos, propiedad de la caza o pesca, etc., y allí se acuerdan las normas para las cacerías, que se realizan seguidamente. Mientras tanto, las mujeres y niños, que han acudido también a la asamblea, construyen un gran poblado y preparan los utensilios para cocer y preparar la carne de los elefantes que traerán los hombres. Una vez de vuelta de la cacería, se hace un reparto de las piezas cobradas, se resuelven los litigios pendientes, y después de una gran fiesta colectiva se disuelve la asamblea. Pero puede ocurrir, y a veces ocurre, que, bien por la poca fortuna de la cacería o bien por otras causas, la asamblea no se disuelva tan pacíficamente.

te. Si los ancianos no logran solventar las diferencias ni contentar a los reclamantes, éstos acuden a las armas, y lo que empezó en buena armonía termina en batalla campal; las mujeres huyen al interior de la selva con sus hijos y los hombres luchan entre sí hasta que el más débil es vencido y expulsado, o bien muerto. El que ha dado lugar a una batalla en una asamblea no puede volver a tomar parte en las que en el futuro se celebren, ni nadie de su familia es admitido en ellas hasta su muerte.

Estas asambleas periódicas se celebran en grupos de unas veinte familias; nunca se ha celebrado ninguna de todos los «bayele» de la isla, según ellos manifiestan, y de ahí que al encontrarse a veces en el terreno de la caza dos o más asambleas diferentes lleguen fácilmente a las manos, dando lugar a violentas batallas, si bien no excesivamente cruentas, porque los más débiles suelen emprender pronto la huida.

Hasta hace unos veinte años, los «bayele» vivían en la isla totalmente aislados del exterior; solamente tenían algún contacto con los bujebas, con los que hacían un intercambio silencioso consistente en colocar en lugares determinados del bosque piezas de caza que recogían los bujebas, los cuales, a su vez, dejaban para los «bayele» puntas de machetes o de lanzas, sal, telas y algunos cacharros, pero nunca o casi nunca se dejaban ver. Luego, con las expediciones de los pámués de Ayamakeng a la isla del Káiser Guillermo, primeramente en son de guerra y hoy día en son de paz, han ido acostumbrándose a la vida social, y no es raro vérselos en el referido poblado acompañando a los pámués en sus cacerías, incluso algunos hablan ya esta lengua; pero, desde luego, y hasta el momento presente, nosotros hemos sido de los primeros blancos que han llegado hasta su poblado, aunque algunos de ellos ya habían visto a otros hombres blancos, e incluso tres de ellos fueron conducidos en cierta ocasión a Bata para ser mostrados al gobernador general en una de sus visitas periódicas al distrito continental.

Como fenómeno de aculturación de estos indígenas, podemos citar su fijación en la orilla izquierda del río Campo y su paulatina marcha hacia el sedentarismo, pues han aprendido el cultivo del ñame y ya sus poblados van adquiriendo fijeza y estabilidad.

Santa Isabel de Fernando Poo, 10 septiembre 1947.



LAMINA I.—«Bidu», jefe de los «Bayele».

(Fot. Castillo-Fiel.)

APENDICE

En prensa ya el artículo que antecede, referente a los Bayele o pigmoides de la Guinea española, han llegado a nuestro conocimiento algunos hechos y datos nuevos que arrojan cierta luz sobre el problema y que creemos interesante reseñar para que el lector se forma el debido juicio, aprovechando la ocasión para salir al paso de algunos comentarios suscitados por la aparición en la revista «Africa» de un resumen del presente trabajo, compensados ciertamente por otros mensajes de corroboración y aliento llegados incluso del extranjero, como luego verá el que esto lea.

Sobre la presencia de grupos pigmoides en nuestra Guinea Continental, hemos adquirido como ya he dicho, nuevos datos que confirman nuestra afirmación sobre su existencia, y precisamente en las zonas en que los hemos encontrado y estudiado nosotros.

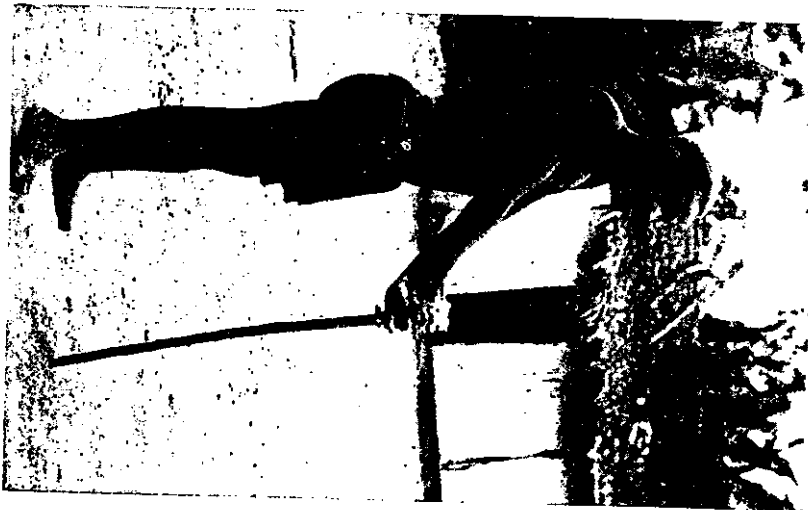
Allá por el mes de abril del año 1922, el Padre Misionero del Corazón de María D. Celestino Mangado, tuvo noticia, que le llegó por intermedio de los Pámues «N'gama» del río Bikaba, de que en su distrito se encontraba una tribu de enanos, cerca del poblado pámue de Masia, radicante en el sector central de nuestra colonia, en la circunscripción de Evina-zong, próximo a su límite con la de Mikomeseng y a orillas del citado río Bikaba, afluente del Benito. Dicha tribu de enanos recibía el nombre de «Bekui» por los pámue y el de «Bakuka» por los Combes.

El Padre Mangado consiguió llegar a ellos; se trataba de media docena de hombres adultos, bajo el mando de un anciano llamado Bilogo, con varias mujeres y niños. El Padre Mangado dice que cultivaban la yuca y que por su aspecto y talla eran auténticos negrillos. En el artículo de donde tomamos esta referencia (La Guinea Española, 1 mayo 1922) no hay más datos, lo que nos hace suponer que el Padre Mangado no tuvo ocasión de visitar de nuevo a tan interesantes individuos.

En el año 1933 la expedición que se proponía remontar el río Amazonas a bordo del Artabro, recorrió nuestros territorios coloniales en viaje de ensayo y entrenamiento, y uno de sus componentes, el Dr. D. Luis de la Serna, marchó por el interior del bosque hacia Río Campo y en la isla de Dipikar encontró un grupo de pigmoides, conocidos por «M'yele» en singular, o de «Bayele», en plural, al que estudió tomando medidas antropométricas de sus componentes y algunas fotografías. Por las conversaciones



LAMINA VIII (Fig. 1).—Un anciano «Bayele» en su poblado cercano a Ayamakeng. El contraste con el pámue que le acompaña es evidente.



LAMINA VIII (Fig. 2).—Pefili del anciano «Bayele», donde se aprecian perfectamente sus características pigmoides.

que hemos mantenido con el Dr. de la Serna, los indígenas estudiados por él son del mismo grupo etnológico que los conocidos por nosotros, como comprobamos por los datos etnográficos que dicho Doctor recordaba; pero desgraciadamente sus medidas antropométricas no fueron publicadas y se han extraviado, por lo que no podemos compulsarlas con las nuestras, solamente publicamos unas fotografías que ha tenido la gentileza de cedernos; en la del grupo vemos la gran semejanza de nuestros pigmoides con los del Doctor y en cuanto al abrigo o choza «bayele», puede compararse con las de nuestras fotografías y verse que la construcción es la misma, e incluso la forma, tan sólo difieren en que nuestro «Bayeles», ya más evolucionados, han aprendido a poner paredes a sus refugios.

El Sr. D. Francisco Wirth, antiguo colonial, nos envía desde Suiza, donde reside actualmente y después de leer nuestro artículo de la revista «Africa», lo fotocopia de una página de su diario en la que aparece dibujada la isla de Dipikar y el cercano poblado de Ayamakeng, con la fotografía de un conocido cazador llamado Rogelio, acompañado de dos indígenas pámués, uno de ellos, Tobías Makua, nuestro guía en la búsqueda de «Bayeles».

Dicha fotocopia, que reproducimos, nos la envió dicho señor como aseveración de nuestra tesis sobre la existencia de pigmoides en nuestros territorios continentales de Guinea, y aunque el texto en alemán se refiere solamente a cuestiones de caza, en el dibujo que aparece como fondo de lo escrito y que representa la isla de Dipikar y la desembocadura del río Campo, puede leerse la palabra «PIGMOIDEN» para indicar la naturaleza de sus habitantes.

En cierta revista que aparece quincenalmente en Santa Isabel de Fernando Poo y en un inefable artículo, se nos ataca a causa de nuestro trabajo sobre los «bayele». No es nuestro ánimo polemizar, puesto que si bien la crítica sería y científica es de nuestro agrado, pues de humanos es el errar, no podemos, por muchos esfuerzos que hagamos, ponernos al nivel intelectual de nuestro contradictor; sin embargo, algunas de sus afirmaciones evidentemente falsas y sobre todo mal intencionadas merecen una aclaración por mi parte.

Ya que el autor cita a Cervantes, bueno sería recordarle aquello de «¿Ladran?, luego cabalgamos...» Es incierto que mi cargo colonial fuera el de cobrador de impuestos. La labor inspectora y la cobratoria son totalmente diferentes. Por otra parte, olvida mi comunicante que mi bagaje intelectual no se limita a la faceta crematística que, con ser muy honorable,

no me concedería autoridad para trabajos antropológicos, olvida intencionalmente mis títulos académicos, entre ellos el de Doctor de Ciencias Naturales y doctorado precisamente con un trabajo de Antropología y mi dedicación a esa Ciencia desde hace diez años a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Para el autor del articulo de referencia los individuos estudiados por mí eran bujebas... Cualquier persona medianamente versada en la Ciencia del Hombre podrá comprender que es elemental distinguir a un negro de quien no lo es, y para justificarlo me remito a la prueba documental y fotográfica y a las hojas de medidas e índices obtenidos que indican claramente que aquellos individuos no son bujebas ni negros siquiera.

Otra afirmación es igualmente incierta. Dice nuestro amable contrinante que los componentes de la primera expedición científica a la Guinea, vieron y estudiaron a nuestro «Bayele» y comprobaron que no eran pigmoides sino simples bujebas.

Los antropólogos especialistas de dicha expedición no estuvieron en el poblado «Bayele» por premuras de tiempo o por otras causas y por ello no pudieron estudiar a dichos individuos «in situ», solamente pudieron conocer algunos que les trajeron los pámués. Cualquiera que comprenda la huidiza desconfianza del salvaje y la mentalidad del moreno puede darse cuenta de que es probable que aquellos individuos *aportados* por los pámués, para agradar a los blancos, fueran posiblemente bujebas. Acaso alguno de estos individuos hubiese sido visto por mí, pues también intentaron conmigo el mismo expediente, por ello es lógico que los profesores de la expedición se sintieran defraudados ante aquellos pretendidos pigmeos. Pero estos no son en modo alguno los habitantes del poblado «Bayele», no pretendemos decir que sean pigmeos puros, su mestizaje es por demás evidente, pero desde luego es un grupo con acentuadas características pigmoides, que se van borrando poco a poco al contacto y cruce con el negro vecino, por ello los tipos que presentan las características pigmoides más señaladas son precisamente los más ancianos.

Hubo dos expedicionarios de la referida Misión Científica, los Sres. Ortiz de Vega y Mateu que sí llegaron al poblado «Bayele», y a su testimonio me remito, pues afirman que las gentes que vieron no se parecían a los demás negros, aunque por no ser especialistas en nuestra rama de estudios no tomaron mediciones.

Su amabilidad nos ha permitido publicar algunas de sus fotografías, de las cuales la del anciano son las más interesantes, sobre todo aquella en que

BIBLIOGRAFIA

- CAMPÉL, PAUL: *Lettre sur les «Bayagas» (Pygmées). Compte rendu à la Société Géographique de Paris.* «Bulletin de la Société Géographique». París, 1890, págs. 548-554.
- CHAILLE-LONG, CHARLES: *Notes sur les Pygmées de L'Afrique Centrale.* «Bulletin de Géographie Khédiviale. Tomo III. El Cairo, 1892, págs. 521-532.
- EL BOSQUE DE ARUHULMI Y LOS ENANOS AFRICANOS: *Anónimo.* «Revista de Geografía Comercial». Tomo III. Madrid. 1890, págs. 392-393.
- DÉNIKER, J.: *Distribution géographique et caractères physiques des Pygmées Africains (Négrilles).* Rev. «La Géographie». Tomo VII. París, 1903, págs. 213-220.
- DÉNIKER, J. ET LALOY: *Les races exotiques à L'Exposition Universelle de 1889. Les Gabonais, les Pygmées.* Rev. «L'Anthropologie». Tomo I. París, 1890, págs. 273-294.
- DONALDSON, SMITH: *Pygmy Of Africa.* «Geographical Journal». Londres, 1896, páginas 225-235.
- DYBOWSKI, JEAN: *Pygmées du Congo.* Rev. «La Nature». 13 octubre 1894. París, página 305.
- EICKSTEDT, ERIC VON: *Die «Negritos» und das Negrito-problem.* «Anthropologischer Anzeiger». Tomo IV. Munich, 1927.
- JOHNSTON HARRY H.: *The Pygmies of the Great Congo Forest.* Report to the «Smithsonian Institution». Londres, 1910, págs. 479-941.
- JOHNSTON, HARRY H.: *The Pygmies of the Congo.* Rev. of the «Smithsonian Institution». Londres, 1902, pág. 480.
- LEBEL, LOUIS: *Les nains d'Afrique.* Rev. «Annales de Géographie». Tomo I. París, 1891-1892, pág. 241.
- LAPICQUE, LOUIS: *La race «Negrito» et sa distribution géographique.* Rev. «Annales de Géographie». Tomo V. París, 1895-1896, págs. 407-424.
- LE ROY, ALEXANDRE: *Les Pygmées.* Rev. «Les Missions Catholiques». Tomo XXIX. París, 1897.
- LÉROY-BEAULIEU, PAUL: *Les pygmées, négrières d'Afrique et négritos de L'Inde.* Mame éditeur. París, 1887.
- LIEVRE, HENRI: *Considérations sur les Pygmées.* «Bulletin de la Société de Géographie Commerciale du Havre». El Havre, 1892, págs. 43-56.
- FLOWER, WILLIAM: *Les Négrilles du Centre Africain.* «Journal of the Anthropological Institute». Tomo XVIII. Londres, 1889, pág. 3.
- J. B.: *Entre los Pigmeos del Congo.* «El Siglo de las Misiones». Año XXVI. Tomo VIII-IX, núm. 286. Bilbao, 1939.
- MAASSEN, J.: *Die Ernährung der Pygmaen.* Limburg a d. Lahn. Frankfurt, 1941, 24 páginas.
- MINISCALCHI, ERIZZO: *Les Akkas.* Congrès International des Sciences Géographiques. Tomo I. París, 1875, pág. 300.
- OUILLEAU: *La langue des Pygmées.* «Revue d'Ethnographie et de Sociologie». París, 1911. Ed. G. Lérroux. 20 páginas

- POUTRIN, DR. L.: *Contribution a l'étude des Pygmées, les négrières du Centre Africain.* Rev. «L'Anthropologie». 1911. París, pág. 435 y sigs.
- POUTRIN, DR. L.: *Les négrières du Centre Africain (type sans dolichocéphalie).* «L'Anthropologie». Tomo XXII-XXIII. París, 1912, págs. 421-340.
- PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ: *Manual de Antropología.* Ed. Cultura Clásica y Moderna. Madrid, 1946, pág. 483.
- SCHEBESTA, P.: *Meine Forschungsexpedition zu den Pygmaen von Belgische Kongo.* Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft. Tomo LXI. Viena, 1931.